

Lucía Galán Bertrand

Cuentos de invierno de Lucía, mi pediatra

Ilustraciones de
Núria Aparicio



Lucía Galán Bertrand

Cuentos de invierno de Lucía, mi pediatra

Ilustraciones de Núria Aparicio

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lucía Galán Bertrand, 2022

© de las ilustraciones: Núria Aparicio, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26496-5

Depósito legal: B. 18.847-2022

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



**Lola tiene
bronquitis**





—Lola tiene tos. —Toni irrumpió en la cocina mientras sus padres preparaban el desayuno.

—¡Cierto! Ya vino ayer del colegio con algo de fatiga y mala cara. Espero que no empeore —dijo Laura, su mamá.

—¡Lola! ¡A desayunar! —la llamó Pablo, su padre, mientras terminaba de cortar la fruta.

Cuando la niña entró por la puerta de la cocina, todos se quedaron mirándola fijamente. Lola tenía ojeras, estaba muy despeinada, tosía sin descanso y se le oían pitos al respirar.

—Pero, hija..., ¡si estás muy pachucha! —exclamó su madre mientras la cogía en brazos.

—¡Sí, mamá! Me cuesta respirar —comentó Lola muy bajito.

—¡No se hable más! Laura, lleva a Toni al cole, yo acercaré a Lola a la pediatra —dispuso Pablo mientras buscaba las llaves del coche.



Padre e hija llegaron a la consulta de Lucía y pasaron los primeros.

—Ay, gracias por atendernos tan rápido. Es que mira cómo está la pequeña Lola. Dice que no puede respirar bien.

—Tranquilos. A ver, Lola, ven conmigo —dijo Lucía con dulzura.

La pediatra cogió a la pequeña en brazos, la subió a la camilla, le quitó la camiseta, le puso un aparatito en el dedo para medir su oxígeno y empezó a auscultarla.

—Respira tranquila, Lola. Todo va a salir bien —le aseguraba Lucía mientras escuchaba sus pulmones a través de su fonendoscopio.

—¡Pero si se le oyen los pitos desde aquí! —observó el padre preocupado al percibir el silbido de los pulmones de su hija.

—Tranquilo, Pablo. ¡Vaya, Lola! Parece que papá está un poco preocupado, ¿eh?

—Sí. Papá se preocupa con facilidad —dijo Lola alzando las cejas.

—Venga, fuera esas caras largas. ¡Vamos a tocar la trompeta! —dijo de pronto la pediatra al sacar un artilugio de su cajón.

—¿La trompeta? —preguntó Pablo mirando a Lucía con los ojos como platos.

«A esta mujer se le ha ido la chaveta», pensó el padre de Lola.

Lucía le guiñó un ojo a Pablo y dijo:

—Sí, la trompeta, *porón poró poreta*.

Lola se empezó a reír mientras tosía sin descanso. Le encantaba ir a ver a su pediatra. Siempre conseguía que soltara una carcajada.



—Mira, Lola, esto es como una trompeta. Te voy a poner la medicación aquí dentro, luego te voy a acercar la mascarilla a la boca y tú vas a respirar traaaaaaanquilamente. ¿Vale? Mientras, yo voy a contar hasta diez.

Lucía agitó una medicina, la conectó a la trompeta transparente de plástico, acercó la trompeta a la cara a Lola y roció la medicina en el interior de la trompeta. Entonces, Lola empezó a respirar lentamente.

—Uno, dos, tres, cuatro —contaba Lucía.

—Cinco, seis, siete —añadió Pablo.





—Ocho, nueve y diez —terminó la pediatra.

Al retirarle la trompeta medicinal, Lola ya se sentía mucho mejor.

—Vaya, parece que la trompeta, *porón poró poreta* ha funcionado.

¡Respiro mucho mejor! —comentó Lola, levantando los brazos en señal de victoria.

—Genial, pero ahora vas a esperar un ratito, ¿vale? Quiero explicarle a tu padre lo que tienes.

—Eh, eh, Lucía. Que yo también quiero saber por qué no podía respirar y por qué se me oían pitidos ahí dentro. ¿Qué pasa, que tenía trompetistas en los pulmones?

Lola ya se estaba imaginando a un montón de personas diminutas dentro de su pecho tocando la trompeta todas al mismo tiempo.